

Los debates en torno al papa Francisco: una posición teológica

Lluís Oviedo Torró, OFM

Profesor de Teología. Pontificia Università Antonianum (Roma)

E-mail: loviedo@antonianumroma.org

pontificado de
Francisco

Recibido 30 de marzo de 2015

Aceptado 14 de abril de 2015

RESUMEN: El papa Francisco es muy popular, pero al mismo tiempo es muy criticado, sobre todo dentro de la Iglesia. Más allá de debates concretos y puntuales, este artículo ofrece una exploración para aclarar ideas, un discernimiento teológico y una toma de posición teológica en medio de los debates en curso. Se trata de captar la orientación teológica de fondo en el pontificado de Francisco, elaborando un análisis en profundidad que ayude a comprender y encuadrar sus opciones y mensajes.

PALABRAS CLAVE: Papa Francisco, discernimiento teológico, conservadurismo católico, hermenéutica, Iglesia en salida.

Sorprende el nivel de contestación que sufre el papa Francisco, a pesar de su gran popularidad, que va más allá de la Iglesia. El Papa era hasta hace poco una especie de «figura intocable». Aunque también se formulaban críticas contra pontífices anteriores, como Juan Pablo II o Benedicto XVI, en general eran muy minoritarias y procedían de un sector concreto, digamos de los «progresistas insatisfechos», y no solían cuestionar a la persona del Papa de una forma tan dura. Ahora hay quien habla sin sonrojo incluso de «sede vacante», de una «Iglesia sin timón

ni brújula», y –lo nunca visto– una serie de cardenales expresan públicamente un claro disenso respecto de las orientaciones papales.

Escribo este artículo con un cierto sentido de temor y reserva; se trata más bien de una exploración para aclarar ideas y sobre todo porque echo a faltar un mayor discernimiento teológico, o más aún, una decidida toma de posición teológica en medio de los debates en curso. Ciertamente ha habido tomas de posición en torno a la cuestión concreta del matrimonio, o mejor, del acceso de los divorciados

a los sacramentos. Pero hay una cuestión previa, o más general, respecto del papa Francisco y de su orientación teológica de fondo; ahí es donde tengo la impresión de que hace falta mayor compromiso por parte de los profesionales de la teología, un análisis en profundidad que ayude a comprender y encuadrar las opciones y mensajes, por lo demás nada fáciles, de este papado.

Al abordar un tema tan delicado me doy cuenta de las dificultades. Por un lado observo que muchos pastores y colegas evitan todo pronunciamiento; da la impresión de que es mejor quedarse afuera, evitar sentirnos perjudicados a causa de una toma de posición, pues toda opción es arriesgada, los contextos son cambiantes, la historia sigue su curso. Por otro lado algunas voces insinúan que el Papa no necesita ser defendido o justificado; la actitud mejor sería simplemente el respeto y la escucha, sin pretender hacer de abogados o defensores; de hecho eso evidenciaría más bien cierta debilidad y tendría el efecto contrario al deseado.

Lo que está claro es que el papa Francisco es muy popular, pero al mismo tiempo es muy criticado, sobre todo dentro de la Iglesia. Este dato invita a tomar posición, a entrar en el debate y a plantear argumentos que ayuden a com-

prender y valorar mejor sus enseñanzas. Propongo seguir algunos pasos. En primer lugar conviene apuntar algunas claves del contexto en el que este Papa accedió a la dirección de la Iglesia; de otro modo se vuelve difícil captar el significado de sus palabras y actitudes. Segundo, es importante sintetizar los motivos de oposición o contraste que ha podido suscitar. Un tercer paso nos llevará a reflexionar sobre los argumentos que pueden justificar dichos debates, lo que Davidson llamaría «una interpretación caritativa» de ambas partes. Por último, conviene proponer una profundización teológica capaz de iluminar los aspectos de novedad, los cambios que se vislumbran en este magisterio y su significado desde la fe. Creo que es ahí donde reside lo más significativo e interesante de este Papa, lo que se percibe como un signo de los tiempos y una invitación a un mayor desarrollo. En definitiva el papa Francisco introduce un nuevo cuadro hermenéutico, una nueva forma de interpretar la fe sobre todo en las sociedades avanzadas y seculares.

1. Un poco de contexto

Es fácil olvidar episodios del pasado duros o dolorosos; es lo que cierta psicología ha llamado «ne-

cesidad de remover» o de ocultar lo que se ha convertido en molesto o triste. El que vivamos en tiempos relativamente buenos para la Iglesia, el que ésta haya recuperado una cierta imagen positiva, no debería hacernos olvidar que hace sólo tres años atravesamos uno de los momentos más oscuros en la historia moderna de la Iglesia, sobre todo en Roma, en el ambiente del Vaticano. Lo cierto es que el malestar venía de años atrás, y la erosión de la imagen de la Iglesia se volvía cada vez más evidente, hasta el punto de afectar a su credibilidad.

Seguramente cabe situar el punto de inflexión en los largos años de decaimiento del papa Juan Pablo II, y más concretamente en el estallido de episodios de abusos sexuales a menores por parte del clero (2002). Se hizo patente que la Iglesia había tratado de encubrir dichas conductas para evitar mayores perjuicios a su imagen. El cambio que supuso el nombramiento del papa Benedicto XVI no contribuyó ni mucho menos a que se calmaran las aguas. Se produjo una segunda oleada de escándalos a causa de las revelaciones de los casos en Irlanda, Alemania y otros países europeos, y de personajes que habían alcanzado notoriedad como fundadores de congregaciones, y que ahora se revelaba su

lado más oscuro. No fue fácil para Benedicto XVI hacer las cuentas con aquella herencia; tuvo que emplearse a fondo para cambiar mentalidades muy arraigadas, y para introducir una cultura diferente, capaz de admitir los errores de gestión que la Iglesia podía cometer, dispuesta a corregirlos y a pedir perdón. Al mismo tiempo se admitía la necesidad de asistencia por parte de instituciones externas para identificar y resolver los problemas detectados.

Cuando creíamos que el problema de los abusos sexuales estaba resuelto, o al menos bien encauzado, asomó el sombrío mundo de las finanzas de la Iglesia, y sobre todo de la gestión más que dudosa del llamado «Banco Vaticano», que en bastantes casos sirvió como un banco de blanqueo de capitales. En pocos años se produjeron dimisiones y sospechosos relevos en su vértice, acompañados por un sinfín de comentarios críticos sobre los verdaderos motivos, los intereses ocultos, y aspectos bastante opacos de ese mundo inquietante. De hecho, una buena parte de las fuertes tensiones que se revelaron con la publicación de los documentos privados de Benedicto XVI en la primavera del 2012, ponían de manifiesto luchas en el interior del Vaticano por el control económico y de ciertas áreas de poder.

El panorama que emergía era el de un mundo de intrigas, intereses personales o de clan, de grupos de presión, que estaba en las antípodas de lo que cabría esperar de una institución inspirada por el Evangelio. Se generó en esos meses un clima de gran desconfianza; casi todos dudaban de la gestión del entonces Secretario de Estado, que cada vez aparecía como más calamitosa. El desenlace de todas aquellas tensiones, de aquel período negro, fue la dimisión a inicios de febrero del 2013 del papa Benedicto XVI. La perspectiva histórica quizás nos ayudará un día a comprender mejor cómo se llegó a dicha situación, qué falló, y nos instruya sobre cómo evitar trances tan negativos.

Hay otro contexto que no habría que descuidar en absoluto, y que va mucho más allá de las intrigas en el Vaticano o los fallos de gestión en algunos sectores y prácticas de la Iglesia. Me refiero al declive cada vez más acusado de los niveles de fe y de confianza en la Iglesia. Conviene partir de unas pocas décadas antes. El acceso de Juan Pablo II al solio pontificio supuso una renovación generacional y un nuevo estilo tras los años de declive típicos del final de la época de Pablo VI, y en definitiva, de lo que cabría llamar la primera recepción del Vaticano II. Dicho es-

tilo implicaba un mayor vigor, un entusiasmo nuevo, casi inusitado, que también movilizaba a los jóvenes; y una Iglesia más afirmativa, sin complejos a la hora de reivindicar su identidad y posición en sociedades que se estaban descristianizando y desmoralizando. Con Juan Pablo II, después de 1978, se percibía un aire nuevo, una nueva energía capaz de animar a millones de personas a redescubrir la fe cristiana como la clave de una existencia plena. Volvió el tiempo de las «certezas»; de la experiencia de fe como una verdad salvadora; de la Iglesia como líder espiritual-moral y como signo de orientación para todos. Eran en general tiempos difíciles, de transición histórica, de tensiones entre formas emergentes de marxismo que seguían ejerciendo cierta fascinación intelectual, y de crisis de los sistemas que había inspirado en una parte de Europa. La victoria sobre el comunismo oficial significó en cierto modo una victoria del catolicismo y de la estrategia del papa Wojtyła.

De todas formas todo ese ambiente, aquella exaltación, aquellas esperanzas se fueron desinflando de forma irreversible en las décadas siguientes. De modo parecido a cómo fue perdiendo fuelle el impulso del Vaticano II, así también, después del Jubileo del año 2000,

muchos tuvimos la impresión de que aquel modelo, que podía evocar una cierta hegemonía eclesial, al menos al nivel simbólico o moral, se había desgastado completamente. Aquel «estilo» ya no funcionaba. De hecho, los indicadores de secularización o de declive en las prácticas religiosas seguían apuntando un continuo desgaste del ámbito religioso. A pesar de algunas voces que sugerían «síntomas de post-secularización» o incluso un «retorno de lo sagrado», lo cierto es que en casi todos los países occidentales las cifras seguían hablando claramente de crisis. Sería inútil en ese contexto reivindicar fórmulas que pudieron funcionar algunas décadas antes; esto vale tanto para los nostálgicos del Vaticano II, como para los nostálgicos de los tiempos de Juan Pablo II. Ahora se impone un cambio de mentalidad y la búsqueda de vías y estilos que puedan responder a los retos de hoy, diversos de los de hace dos o tres decenios. Este nuevo contexto marca de forma inexorable las opciones y orientaciones de la teología y de la Iglesia en este tiempo.

2. Las críticas contra el papa Francisco

Conviene repasar la lista de problemas que se han suscitado en relación con el magisterio del nue-

vo Papa, antes de pasar a una revisión y contraste. En buena parte muchas de las críticas proceden de lo que cabría llamar «sector conservador» en el ambiente católico, pero no solo. Además conviene distinguir entre diversas formas de resistencia e insatisfacción a las palabras y decisiones de este Papa.

Algunos artículos publicados recientemente en la prensa norteamericana pueden servir de guía en torno a las actitudes críticas contra el Papa. Ross Douthat señala en su blog en el *New York Times* los tres principales grupos de críticos con los respectivos temas de contención: católicos tradicionalistas; católicos –y otros– que son conservadores en economía o libertarios; y conservadores doctrinales¹. En el primer caso encontramos a quienes defienden formas litúrgicas tradicionales, como la misa en latín, o los que rechazan muchas de las reformas que impulsó el concilio Vaticano II. El segundo grupo manifiesta su rechazo a las orientaciones económicas y sociales en clave «radical» que propone el Papa, y que han sido bastante explícitas en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. A tales

¹ http://douthat.blogs.nytimes.com/2015/03/12/who-are-pope-franciss-critics/?_r=0

expresiones habría que añadir la anunciada encíclica sobre los problemas medioambientales y que debería ver la luz en breve. Se percibe ya en estos meses previos un clamor de sospechas y de «rechazo preventivo» en ambientes conservadores, sobre todo de Estados Unidos. El tercer grupo apela a los temores de reforma doctrinal en temas que muchos consideran delicados, o que incluso afectan a la identidad católica o cristiana: el acceso a los sacramentos de los divorciados vueltos a casar y el reconocimiento a los homosexuales. De hecho el periodo de preparación al último Sínodo de obispos en el Vaticano y su desarrollo fue una ocasión que aprovecharon bastantes exponentes eclesiásticos para airear su oposición a las reformas que habían sido anunciadas, entre otros, por el cardenal Walter Kasper.

Esta descripción no se limita, ni mucho menos a los Estados Unidos. También en Europa es relativamente fácil escuchar voces que van en el mismo sentido, aunque los énfasis puedan ser otros. El tradicionalismo litúrgico es cosa de una exigua minoría; las cuestiones sobre el mejor modelo económico, es decir, el más justo y equitativo, pueden resultar ideológicas o a lo sumo técnicas. Lo que parece preocupar más a los reticentes ante el

papa Francisco tiene que ver con su estilo pastoral, sus énfasis, la cercanía y disponibilidad hacia personas más bien ajenas o alejadas de la Iglesia, una franqueza inusitada, y, sobre todo, provoca un gran desconcierto las prioridades que deben regir la actuación de la Iglesia. Eso es al menos lo que ha acusado el influyente vaticanista Vittorio Messori hace algunos meses, quien además se queja de que ese estilo sabe más a populismo que a gestión seria². También otro vaticanista italiano, Sandro Magister sigue una línea editorial parecida en la revista *L'Espresso*: este Papa sostiene una declarada fidelidad en temas de la vida, es decir los «grandes temas morales», pero da pábulo a posiciones discordantes y más en clave de contemporizar con las tendencias culturales del momento³.

De todos modos sería injusto limitar al sector más conservador las posiciones críticas. También es fá-

² En un artículo de opinión publicado en *Il Corriere della Sera*, 24 de diciembre de 2014: http://www.corriere.it/cronache/14_dicembre_24/vittorio-messori-miei-ubbi-svolta-papa-francesco-bergoglio-6a824f1a-8b3d-11e4-9698-e98982c0cb34.shtml

³ Véase su artículo del 17 de marzo de 2015: «El doble paso del Papa argentino» en: <http://chiesa.espresso.repubblica.it/articolo/1351008?sp=y>

cil registrar voces insatisfechas en el sector opuesto, es decir el más liberal y progresista. Por ejemplo, la publicación *on-line Religion Dispatches* ha dedicado varios artículos y blogs al papa Francisco desde una óptica feminista o de defensa de minorías sexuales que se sienten todavía insatisfecha con esas tímidas aperturas o expresiones que no se traducen en casi nada de concreto.

De todos modos, desde mi punto de vista hay otros dos grandes motivos de oposición o crítica que emergen poco en la prensa pero se perciben muy claramente en ciertos ambientes en Roma. El primero es de tipo estructural y tiene que ver con el intento de reforma de la curia vaticana. Dicho intento ha iniciado tratando de lavar la imagen del IOR, conocido como Banco Vaticano. Se trata de una tarea nada sencilla, dados los vicios que escondía, y los intereses económicos que concita. Hay otros sectores en la Curia que están siendo revisados; las resistencias de quienes apoyan el *statu quo* son más que previsibles. El segundo motivo de crítica es más sordo o subterráneo, se sitúa en el ámbito teológico, y resiente de forma sutil de una cierta «insatisfacción» respecto de este Papa. Se oyen voces, por ejemplo, que afirman que el magisterio y escritos del Papa

Francisco no alcanzan el valor ni la autoridad de los de los papas anteriores; que dichas enseñanzas carecen de espesor teológico, o bien que se ha dado un paso atrás respecto del nivel alcanzado por sus predecesores. Estos recelos esconden en realidad una estrategia de deslegitimación que no puedo compartir.

3. Responder a las críticas; valorar el debate

Ante todo, conviene reconocer que varias voces, sobre todo en Estados Unidos, han admitido algo que ciertamente representa un gran avance dentro de la Iglesia: que por fin ésta sea una institución en la que pueden expresarse libremente todo tipo de opiniones, más allá del apoyo incondicional y sin fisuras que se exigía a la persona y enseñanzas del Papa. Tal actitud tenía sentido en tiempos de las «guerras culturales», que justificaban la defensa a ultranza del Papa. Por primera vez, hasta donde me llega la memoria, tenemos la impresión de que una persona puede ser buena católica tanto si critica como si defiende al Papa. Esa vivencia abre un nuevo espacio de libertad de expresión y de debate en busca de consensos o de un vivo pluralismo católico, que no teme la concurrencia de varias

líneas o programas a la hora de entender y vivir la fe.

Un reciente artículo en *New Republic*, firmado por Elizabeth Stoker Bruenig⁴, analiza los debates en clave de fidelidad a la tradición o de la necesidad de innovación; o bien, sobre el modo mejor de ser fieles a la tradición católica. El problema sería sobre todo hermenéutico, y ya se planteó en tiempos del Vaticano II y de su recepción, pero vuelve a plantearse con fuerza con el nuevo Papa. Lo que importa es saber cómo se puede ser fieles a la tradición sin hacer de ella un resto fósil y sin ninguna relevancia en condiciones culturales muy distintas de las que marcaron los orígenes y fijación de tales tradiciones. Mientras ciertos grupos las viven como algo rígido e inamovible, el Papa y otros muchos católicos las interpretan como algo vivo y que invita a nuevas versiones y adaptaciones. Quizás se percibe también un problema más bien psicológico entre esas dos estrategias. En primer lugar tenemos una opción que apoya las certezas o la adhesión a fórmulas maduradas en el pasado y que han mostrado su eficiencia a lo largo del tiempo; por consiguiente no deberían

considerarse caducas. En segundo lugar tendríamos un espíritu de búsqueda, inquieto y que se siente insatisfecho ante modelos que percibe superados e ineficientes ante condiciones y retos que no se daban en el pasado. No es fácil optar en estos casos.

Una segunda forma de entender los debates –que se superpone a la primera– se refiere a las cuestiones ideológicas, a las tendencias de uno u otro signo que estarían en la base de las posiciones más enfrentadas: los conservadores, antes descritos, representarían más bien las ideas de la derecha política, de ahí sus afinidades y sus rechazos, por ejemplo contra las llamadas a una mayor justicia social; a un respeto al ambiente natural, a las mujeres o a los homosexuales. Mientras que las simpatías hacia el papa Francisco se registrarían en los sectores de «izquierda» o progresistas, que reconocen las aperturas declaradas como un signo de cambio de mentalidad en la Iglesia, más en sintonía con sus propias inquietudes. Seguramente las cosas no son ni mucho menos tan simples, y de hecho ya ha sido observado que este Papa sigue la tradición de la doctrina social de la Iglesia, y que las formas de capitalismo más libertario nunca han sido reconocidas por el Magisterio anterior. Son muchos los matices y

⁴ <http://www.newrepublic.com/article/121168/pope-francis-conservatives-battle-us-catholic-churchs-future>

da la impresión, más bien de que la división ideológica no se ajusta demasiado a la realidad, aunque sirve para simplificar las cosas y entendernos sin mucho esfuerzo cognitivo.

En general cabe afirmar que las enseñanzas del papa Francisco permiten romper con un esquema de identificación política e ideológica del catolicismo contemporáneo que, a mi modo de ver, ha sido muy desdichada: la que vinculaba el catolicismo a la derecha política y a una ideología conservadora. Con este Papa se restaura un pluralismo más que necesario, y que vuelve a la Iglesia menos unilateral, y en definitiva más «católica».

4. **Un nuevo marco hermenéutico, un nuevo estilo teológico**

El punto de llegada de nuestra reflexión trata de responder a las críticas que intentan devaluar el alcance de las enseñanzas de este Papa, que para algunos sería «poco teológico».

En primer lugar la insistente invitación del Papa a «salir afuera», a superar la auto-referencialidad, y a escuchar otras voces, no debería ser entendida sólo como una distracción de la teología de su concentración en el estudio, para

volverse más práctica, sino como una indicación para orientar mejor dicho estudio. El Papa se dirige a toda la Iglesia cuando hace estas apelaciones; los teólogos no deberían sentirse en absoluto ajenos. Entiendo este mensaje como una invitación a asumir un nuevo estilo en el modo de hacer teología, algo que está en perfecta sintonía con un gran teólogo contemporáneo, también jesuita: Christoph Theobald. Para él la teología se refiere a un estilo que se asocia a Cristo, un estilo acogedor y hospitalario. La teología misma debe asumir un formato capaz de dialogar, acoger e integrar, como ha hecho a lo largo de la historia, y evitar caer en un discurso cerrado y auto-referencial. Esto implica un programa teológico bastante distinto de lo que ha sido la producción teológica en las últimas décadas, y además conlleva un mayor esfuerzo. Acostumbrados a la comodidad de quien se mueve dentro de un horizonte de comprensión familiar, muchos se sienten ahora obligados a salir afuera, arriesgarse y hacer las cuentas con los discursos de la cultura, del pensamiento crítico y de las ciencias. Falta en bastantes casos una orientación, una preparación para dar esos pasos, pues la teología ha sido fundamentalmente un ejercicio de interpretación de los textos de la gran tradición cristiana, pero

con poca referencia al propio contexto cultural.

La misma invitación papal a «asumir riesgos», aunque suponga estar expuestos a sufrir accidentes, tiene unas implicaciones teológicas de cierto alcance. Nos hemos acostumbrado a producir teología sin arriesgarnos. De hecho muchos hemos interiorizado los temores a desviarnos de la verdad, o a confundir al pueblo cristiano, con grave perjuicio eclesial y personal. Ahora todo adquiere otro signo: es mejor arriesgar, explorar, buscar formas de diálogo y de encuentro con quienes piensan de otro modo. Sólo así podremos acercarnos a los alejados y volver significativa la fe pensada.

La cuestión es fundamentalmente de discernimiento teológico: las estrategias y estilos que maduraron desde los años 80 han dejado de ser eficientes y han perdido su capacidad de contener la marea secularizante. Se imponen otros estilos y formas que permitan ensayar nuevas soluciones y respuestas. Se abre un tiempo de exploración, prueba, y auto-crítica. Este nuevo estilo incluye también una conciencia de mayor falibilidad por parte de todos: los teólogos –y no sólo– llamados a buscar y ensayar, debemos ser mucho más sensibles a los errores que inevitablemente se producen, para poder corregir-

los, en lugar de pensar que todo se hace bien.

De lo que estamos hablando en definitiva es de orientaciones alternativas, de búsquedas ante la profunda crisis de fe que viven las sociedades avanzadas. No tenemos ninguna fórmula mágica que asegure la supervivencia de la fe cristiana y de la Iglesia en las condiciones actuales. Lo que sí que percibimos algunos es la necesidad de cambiar de actitud teológica y eclesial ante este nuevo contexto. No sabemos si los intentos que podemos desarrollar ahora darán fruto positivo. Lo cierto es que las fórmulas anteriores aseguraban una cierta minoría de creyentes muy fiel y convencida, pero seguían ahondando la distancia respecto de una mayoría cada vez más amplia que se aleja y no se reconoce en el modo de exponer la fe y los valores que se le asocian. Cambiar de estilo se vuelve un imperativo en estas circunstancias especiales, y el papa Francisco está en la dirección justa. Sería una lástima desaprovechar la oportunidad que ofrece, volver a las viejas certezas, a los ambientes seguros de «lo de siempre», pero que cada vez es menos entendido y menos buscado.

Por otro lado, la cuestión eclesiológica de fondo se plantea con toda radicalidad. En ambientes muy se-

cularizados la Iglesia como comunidad presencial de creyentes se ve bastante reducida. Parece que la evangelización no está sólo en función de «volver a llenar el redil con las ovejas dispersas», sino de hacer que resuene la buena noticia fuera del redil, o que ese mensaje pueda ser reconocido y apreciado más allá de los límites eclesiales. No se trata tanto de garantizar la correcta comprensión de la Palabra revelada y de adquirir una fe certera, sino de ayudar a nuestros contemporáneos a asomarse a la esperanza que dicha fe entraña, a poderla vislumbrar al menos como fuente de alegría, sin imponer ni exigir «plena adhesión», sin juzgar ni condenar otras opciones, en el pleno respeto. Eso creo que es también a lo que invita el papa

Francisco, y lo que se convierte en tarea urgente de los teólogos.

Me preguntaba hace poco tiempo un estudiante en nuestra Universidad en Roma qué significaba hoy ser fieles al magisterio del Papa. Respondí que, teniendo en cuenta sus palabras, significaba ser creativos, buscadores, no quedar encerrados en el mero Magisterio, ir más allá. Este es el reto, y esto es lo que cuesta a muchos teólogos hoy, acostumbrados a otros modelos. Ya sería un signo positivo que en esta nueva fase eclesial se escribieran menos tesis de «magisteriología» y más de tipo interdisciplinar, empírico y sobre la base de trabajos de campo, y no sólo de biblioteca. ■

SALTERRAE



THOMAS MERTON

«La voz secreta»

*Reflexiones sobre mi obra
en Oriente y Occidente*

224 págs.

P.V.P.: 10,95 €

«No me dirijo a ti como un autor [sino], en cierto modo, como tú mismo... Si escuchas, vas a leer cosas que quizá no estén escritas en este libro. ¡Y eso no se deberá a mí, sino a Uno que vive y habla en los dos!». Merton trae un mensaje universal de esperanza ante las dificultades de nuestras vidas, en nuestras comunidades y en nuestro mundo. En lugar de permanecer impasibles ante lo Indecible, nos exhorta a todos a ser humanos en esta época, la más inhumana de todas, y a guardar la imagen del hombre, pues es la imagen de Dios».



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
